

Obra literaria, regularmente en verso, hecha con el objeto de reprender, censurar, criticar y ridiculizar los vicios, las pasiones desregladas, las necesidades y las impertinencias de los hombres.

(Diccionario Nacional de Domínguez).

# ENCOMIENDA.



DIARIO SATÍRICO, DE LITERATURA Y COSTUMBRES.

El conocimiento ó el estudio de las letras humanas en un sentido general.

## COSTUMBRES.

Conjunto de buenas ó malas cualidades que forman el carácter distintivo de una persona ó de un pueblo.

(Diccionario Nacional de Domínguez).

NÚM. 9.

JUEVES 28.

JUNIO.—1849.

## UN SUEÑO.

Hace nueve noches que no duermo, lectores! justamente el tiempo que llevo de periodista; unas veces con el trabajo demasiado penoso, y otras pensando quien vendrá cada día, y cada hora y cada minuto á pedirme cuentas; estaba completamente desvelado: mi cabeza se parecía ya á la de un acreedor á la moderna que ni oye, ni ve, ni palpa, ni entiende; era todo un órgano dislocado, cuando por fin anoche pude reconciliar un poco la tranquilidad perdida: hechéme en mi sillón de baqueta, memoria fiel de un ex-lego franciscano amigo mio, y me quedé dormido.

(¡Ojalá nunca de Teruel las almenas avistáras!

Apenas había cerrado los párpados cuando senti que á favor de una suave brisa me iba remontando poco á poco á una altura desconocida. Pasaron así algunos intervalos y cual fué mi sorpresa al oír de repente un ruido semejante al murmullo de un gran concurso, y que mis pies tocaban al mismo tiempo una superficie: observo, y era una especie de tribuna el sitio que ocupaba, con un ventanillo por el cual asomé la cabeza, dominando al concurso que estaba á mis pies: era una asamblea, pero no de cuerpos humanos, sino de

otras formas raras y caprichosas: no había hombres ni mujeres, mas en cambio eran muebles de casa los que componían la reunión, moviéndose y agitando con bulla y algazara.

—Vámonos ya, señores, decían con furor muchos sofás, sillas y taburetes.

—Vámonos, repetían las mesas y rinconeras.

—Que nos conduzcan! exclamaban las arañas bujías y candelabros.

—Quietos, señores! decía una soberbia cama colgada; ya llegará la hora de marcharnos.

—Fuera! fuera! gritaban las alfombras; fuera la muy orgullosa que quiere permanecer ahí todavía porque lo ha pasado bien, mientras que nosotras hemos sido pisoteadas sin piedad.

—Tal era vuestro destino! replicaba la cama mirando airada á las alfombras.

—Las alfombras dicen bien! gritaban en tumulto los demás muebles.

—Silencio! silencio! silencio! vocaban las campanillas todas, sacudiendo sus tiradores con violencia.

—Desacato! desacato! decían las campanas de los relojes repiqueteando con fuerza sus mazos: solo nosotras debemos llamar al orden como por nuestra gerarquía nos corresponde.

—Os engañais mentecatas; reponía el piano soltando sus registros; callen todos los sonos en mi presencia.

—Vergüenza, vergüenza! decían las cortinas corriéndose furiosas como pa-



ra cubrir semejante escena.

En este momento, una escupidera que salió de una mesita de noche fué á reunirse con un orinal que habia debajo de un catre, y juntos se dirigieron á un retrete, donde estuvieron un rato de conferencia con su padre que en una gran sillade terciopelo estaba sepultado.

—Aprobado!! dijeron los tres despues de meditar, y saliendo al escape por medio de los muebles, fueron á estrellarse en una pared con estrepito asombroso.

El concurso se tapó las narices por un rato.

—Pido la palabra! dijo un espejo despues que el trago le permitió hablar.

—Concedida! exclamó un buró que parecia presidir la reunion.

—Es imposible que salgamos ya de aquí los de mi gremio, despues de haberse reflejado en nosotros personas tan eminentes: ¿adónde iremos ya sin pasar por una degradacion espantosa?

—La sufriremos juntos, contestó cólerico un sofá, pues tu y yo tenemos que vivir enfrente uno de otro; bien lo sabes que así estamos en nuestra casa, y sin embargo no pienso quedarme como tú en este sitio, porque he sufrido mil veces mas que tú.

—Bravo! bravo! prorrumpieron los sillones, las sillas y las butacas: nos adherimos! nos adherimos!

—Silencio! decia el buró empinando sobre sus pies de garra.

—Vámonos, vámonos! gritaba despechada la mayoría.

A tan espantosa confusion sucedió de repente un silencio pavoroso: seis personajes de nueva traza acababan de entrar en la asamblea armados de cordeles y sogas; eran seis gallegos.

Dirigiéronse á descolgar una araña; pero ella haciéndose la temeraria resistió por tres veces el impetu de aquella violencia y saltó en mil pedazos, pican-do y arañando á los gallegos.

Estos salieron al escape, pero perseguidos por varias mesas sillas y sofás,

que iban detrás gritando socorro; fueron detenidos en la escalera de la asamblea y se trabó un sangriento combate, en el cual quedaron sepultados los mozos. Cuando salian por la puerta conducidos en parihuelas, las camas que se habian echado por el balcon salieron al encuentro y los recogieron entre sus pliegues, recompensando así la noble accion de haberlas dejado quietas.

Aun duraban en la escalera los latigazos de las sillas y mesas, cuando un astillazo que saltó á mi tribuna, hizome despertar al punto y conocer que debia preferir mis desvelos á soñar disparates de este tamaño, dejándome atormentado el cerebro.

## El baile por Dentro.

(Continuacion).

Un primoroso templete de forma graciosa, esbelta, colocado en el estanque donde las aguas serenas, pacificas y calladas con el viento jugueteaban, su diafanidad lucia brillando cual rica perla en un turbante morisco brillar hermosa pudiera. Mil molinetes y juegos en lo demás de la alberca, se ostentaban caprichosos formando suertes diversas; y por último los arcos capiteles, correderas, y cuanto el patio posee que digno de adorno sea, todo estaba combinado con admirable grandeza.

De aquí pasaremos ya á entrar en la estancia regia al salon de Embajadores en el cual el baile era. Alfombrado el pavimento desde la sala de afuera toda su labor estaba



en armonía perfecta  
 con el gran artesonado  
 que tanto mérito encierra.  
 Divanes y taburetes  
 con almohadones de seda,  
 formaban al rededor  
 el asiento de las bellas.  
 En los ángulos habia  
 sobre cuatro rinconeras  
 cuatro grandes candelabros  
 iguales á la lucerna,  
 de estructura semejantes  
 á las obras arabescas,  
 con infinidad de luces  
 todas de velas de cera.  
 Dos tribunas diferentes  
 encerraban á la orquesta  
 y en la que está frente al patio  
 se colocó á sus Altezas,  
 en magníficos asientos  
 que de terciopelo eran  
 lo mismo que los cojines  
 que muellemente sustentan,  
 de todo principe ilustre  
 sentado, su planta regia.  
 En otro cuarto interior  
 el tocador se pusiera  
 servido como es costumbre  
 de cuanto el lujo desea.  
 El espléndido ambigú  
 tan solo describir resta  
 para decir en seguida  
 de la funcion el sistema:  
 el patio de los Leones  
 dividido en cuatro tiendas  
 de campaña, presentaba  
 igual número de mesas  
 á que sentarse podian  
 personas mas de cincuenta.  
 Y del muro á las columnas  
 para el servicio de aquellas  
 todo al rededor habia  
 otra mesa subalterna.  
 El salon de Dos Hermanas  
 radiante como una estrella  
 fué la mansion elegida  
 para cenar sus Altezas;  
 y el de los Abencerrajes  
 tambien tenia otra mesa.  
 Todo el hidráulico juego  
 de la fuente, que soberbia

sostienen doce leones  
 sobre sus blancas melenas,  
 mil primores esparcia  
 rizando sus cabelleras.  
 Luces de todos colores  
 con armonía simétrica,  
 adornaban este patio  
 que en aquella noche era  
 un sueño de fantasia,  
 una majia verdadera.  
 El ambigú preparado  
 y servido con riqueza,  
 de todo cuanto notable  
 el estomago desea  
 presentaba, completando  
 tan deslumbradora escena.

(Concluirá.)

*Estoy aludido.....*

—Mi amo ! mi amo !... levántese V.  
 pronto , inmediatamente , sin detenerse,  
 al punto.....

—Qué exigencia es esa , Pancrasio ?  
 qué te ocurre ?

—Señor , no ande V. con cuchufle-  
 tas , es un negocio del mayor interés.

—¿ Se ha pegado fuego ?

—¿ Qué... !! es peor.

—¿ Hay ladrones ?

—Peor.

—¿ Se vá algun huesped sin pagar ?

—Peor.

—¿ Se muere mi esposa ?

—Mucho peor.

—Esplicate , alma de cántaro ¿ qué  
 ha pasado ?

—Mi amo , *estoy aludido* !

En esto el posadero se levantó en  
 blanquetas , y saliendo apresurado fue-  
 ra de su dormitorio , á pesar de que co-  
 nocia las sandeces de su mozo , le pre-  
 guntó por la causa de su alarma.

—*Estoy aludido* , mi amo ; *aludido* ,  
 sí señor ; *aludido y aludido*....

—Sin duda , estás loco !

—Loco , no ; en tal caso estaré en un





estado de.... qué se yo; en el mismo estado que se encuentra toda esa cater-va que dice V. venian ahí á desafiarse á los *despabiladores*.

—Tranquilízale, hombre, sé cachazudo, ten calma, no te arrebates y cuéntame lo que ha pasado.

—Ha de saber V. mi amo, que abrí la puerta de la posada, y lo primero que me eché en cara fué un pasquin con letras de imprenta muy gordas, que decían: *El marido de mi mujer*: ya vé V. mi amo; *El marido de mi mujer*!!! nada menos que el que hace mis veces, el que ocupa mi lugar; voto á brios! qué desacato! qué atentado contra la tranquilidad matrimonial! yo no puedo callar, y si V. no toma la demanda contra ese inicuo papelote que ha venido hoy á darme la mañana, cito al autor á pegarnos cuatro estocás.

—No seas bruto, Pancrasio.

—¿Con que no tengo motivo? si señor, lo tengo y muy macocal; aludido y nada menos que por parte de mi conjunta mujer.

—Pero, hombre ó demonio ¿en qué te fundas?

—Si señor, me fundo en mi esposa que es una mujer del too.

—Bien, pero ¿cuáles son los motivos que.....?

—¿Le parecen á V. pequeños? ¡*El marido de mi mujer*....!!!

—O te esplicas ó te quitas de mi presencia; que ya eres demasiado impertinente.....

—¡El marido de mi mujer..!! esta es una alusion punzante, cortante, contundente y.....

—Calla, animal; y no disparates.

—Ya se vé, como yo soy el paciente, V. cree que digo disparates; si la alusion cayera sobre V. y mi ama...

—No te exaltes.

—Si como yo lo hubiera V. leído, entonces V. se llamaría aludido; y yo ¡infeliz de mí! mi mujer que es mas honrada que adios caballeros....!!!

—Estoy conforme que tú lo eres y ella tambien, pero ¿por qué te has de

considerar agraviado?

—Porque yo lo he leído, y sin duda habla conmigo.

—De suerte que todo el que lo lea, dirá lo mismo?

—Pues es claro; y no me ande V. con guirindas, ni aquí la puse, porque yo no lo dejo así....

—¿Pero acaso dice el cartel, el autor?

—No señor.

—Y en ese caso ¿contra quién quieres repetir?

—Contra la imprenta ¡malditas sean todas! que nos tienen á todos en tanto desasosiego, y sin reposo.

—Caribe ¿no conoces que ese es un cartel para anunciar la funcion que debe ejecutarse en el teatro, si el tiempo lo permite?

—No me hable V. del teatro, porque todavia tengo el pescuezo tieso de resultas de la mañana de marras, y yo no se en lo que vendrá á parar el corage que yo pasé con los huevos, y la calorosidad que agarré en aquel acampado.

—Desengáñate, Pancrasio; eso que tú llamas una *alusion*, no es mas que una *ilusion*; efecto sin duda, de faltarte algunas horas de sol; y para que te convenzas, te voy á contar un chascarrillo que sucedió en mi pueblo, ya hace algunos años. Tenia el boticario un cuadro en que estaban pintados seis abejorros en rocagilera, de aquellos que presagian mal por donde pasan; por bajo tenian un letrero que decia: *Ya estamos siete*. Como era natural todo el que entraba en la botica y miraba aquella caricatura, por necesidad leia el letrero ¿y por eso habian de resentirse? nada menos.

—¿Con que deberé callar?

—Eso debes hacer sino quieres ponerte en ridiculo, y que venga de perilla aquel refrancillo de *El gato escaldado con agua fria se quema*.

—Pues entonces, pecho al agua y sea lo que Dios quiera.